

EL LOBO Y EL CORDERO

El corazón le palpitaba con fuerza, el sudor le perlaba la frente mientras veía como una pistola le apuntaba. La iban a matar, lo sabía. Era curioso cómo su vida dependía de un objeto: algo tan insignificante, pero tan letal a su vez.

— ¡Tú, tú eres la culpable! — gritó Daphne, a la vez que sus manos temblaban al sujetar el arma—. Todos pensaban que eras inocente, pero yo sabía que no era así.

Una risa alta y clara brotó de su garganta. La risa no provenía de Daphne, sino de otra mujer: Dahlia, a la que los dedos le temblaban con excitación mientras sacaba su cuchillo.

— Claro que sí. Siempre fui la asesina, pero fuisteis demasiado tontos al subestimarme—en ese instante, el arma de acero se clavó en el ojo de su contrincante. Acto seguido, hizo un corte limpio en su cuello.

El gran error fue que la subestimaron, pero esa fue su gran virtud.

La mejor arma que posee una mujer es tener la piel de cordero y el alma de lobo.